

## Brice Dellsperger. *El sujeto que actúa*



**Brice Dellsperger.** *Body Double* 16, After "A Clockwork Orange" (Stanley Kubrick) / "Women in Love" (Ken Russell), 2003. Cortesía del artista y Air de Paris, Paris

El escenario permanece a oscuras, todavía no se ha iluminado y nunca lo hará, por lo menos para este número. Sólo se ven los reflejos de los cientos de espejos de lo que debe ser una bola de discoteca moviéndose sobre el telón negro del fondo. Hay una silla con ruedas, de las que se utilizan en los despachos, que espera

vacía a que empiece el espectáculo. Comienza a sonar una música *funcky*, muy de película *exploitation* de los 70, y una voz de hombre, que parece haber sido grabada previamente, anuncia que tomaremos –damas y caballeros, *Ladies and Gentlemen*– un ascensor al séptimo cielo con Miss Sweetie Sparkle, quizás, porque el nombre de la estrella no se entiende bien, podría ser también Lizzie o Wizzy. Un efecto de dj lleva a la que será la música del número que esperamos: una conocida canción de Massive Attack, *Be Thankful for What You Got* (Se agradecido por lo que has conseguido), que contrasta, mucho, demasiado, con lo que hemos escuchado antes, y que, muy elegante, no parece la más adecuada para lo que se supone que veremos, si se pudiera suponer qué veremos. Por la izquierda entra una mujer rubia, pensaríamos en principio, es lo que se creería normal, lo que sería la norma. Aunque no, se trata de un chico con una peluca rubia. Está desnudo. Lleva sólo un enorme collar de diamantes falsos que le cubre casi el cuello y unos manguitos que llegan hasta el codo y acaban con un remate de plumas rosas. Camina de un modo extraño hasta el centro de la escena. Saluda al público con una reverencia mostrándose de frente sin dejar ya dudas a los que creen en certezas aprendidas. Anda hacia atrás para sentarse en la silla y da vueltas sobre ella mientras se acaricia el cuerpo y lo arquea. Se levanta y, mientras se contonea, juega con una boa fucsia que ha caído de forma misteriosa entre sus manos, como si alguno de los que somos espectadores se la hubiéramos arrojado. El juego con la boa dura un rato hasta que la deja sobre el suelo. De repente entre sus manos aparece un tanga que se coloca entre las piernas sin terminar de cubrirse, puede que sea un descuido. Sobre el tanga se coloca un ligero, que tampoco sabemos muy bien de dónde ha salido, y lo abrocha de espaldas al público acucillándose. Regresa al asiento y estira una media que tampoco estaba allí, o quizá sí, hace unos segundos. La sube poco a poco por la pantorrilla hasta que la sujeta al ligero. Hace lo mismo con la que forma el par. Unos zapatos de salón con tacón de aguja saltan

del suelo y se los pone. Las sombras entre las que se mueve la estrella del *show* no dejaban verlos antes o quizá nadie se había fijado lo suficiente de tan entretenido. Un vestido rosa palo adornado con unas ramas bordadas con lentejuelas plateadas le tapa de pronto. Lo abrocha por uno de los laterales. Recoge una cinta del suelo y se ajusta los genitales a uno de los muslos. La boa cae de nuevo en sus manos y baila hasta que acaba la canción y con ella el espectáculo. Los espectadores aplauden y silban cuando ella sale andando hacia atrás por el mismo lugar por el que había entrado. El escenario queda vacío hasta que vuelve aparecer para recoger algo que no llega a distinguirse.

Un temprano –de 1995– *striptease* degenerado e invertido con algo de prestidigitación que da muchas de las claves de la que será la obra posterior de Brice Dellsperger (Cannes, Francia, 1972), que ha expuesto recientemente junto a Jean-Luc Verna en La Conservera de Murcia. Un desnudamiento dado la vuelta con un sencillo truco de montaje de los que utilizaban los pioneros del cine que hace del taparse, el cubrirse, el velarse, el enmascararse, lo principal del espectáculo y convierte a un chico –el propio artista– que es también chica, en el centro de la representación desestabilizándola, porque la que había sido establecida como norma obligaba a que fuera una mujer la que se ofreciera a la mirada deseante masculina como objeto, nunca como sujeto, eso no estaba permitido, tampoco se las dejaba mirar o, mejor, más simple, creían o querían creer que ellas no veían, que estaban ciegas, igual que habían preferido olvidarse de aquellos hombres que miraban a otros hombres, no existían. Y es el cine, los estereotipos y los mitos que produce, lo que ha utilizado Dellsperger para analizar y dejar al descubierto el modo en el que se construyen los géneros, comportamientos que ahora se saben aprendidos y que se alejan de lo que se daba por natural, el desnudo, y se acercan a lo que se consideraba artificial, el disfraz, continuando con ese régimen de pares de opuestos en el que se mueve el pensamiento occidental. En su serie *Body*